15 de mayo de 1805 - 13 de diciembre de 1873

El General don Florentino Alfaro

Don José Florentino Alfaro fué el octavo y penúltimo hijo de don Antonio Alfaro y doña María Damiana Zamora, personas distinguidas y muy estimadas. Nació el 15 de marzo de 1805 en Villahermosa, población a la que nuestro Congreso Constituyente de la época federal dió el título de ciudad el 11 de noviembre de 1824 con el nombre de Alajuela. No se tienen datos sobre sus primeros años. Eligió la carrera de las armas y en 1833 era subteniente. Ascendido a teniente en

1834, fué destinado a la 3ª compañía del batallón de milicias Nº 1, mandada por su hermano el capitán don José María Alfaro, quien ya empezaba a figurar en el campo de la política.

A la edad de treinta años el teniente Alfaro hizo sus primeras armas en la guerra civil de la Liga, distinguiéndose mucho por su arrojo y capacidad militar, especialmente en el combate librado en el puente del río Virilla el 19 de octubre de 1835. Con la tropa alajuelense que mandaba salvó en esta reñida acción la artillería de Heredia, a punto de caer en manos de las fuerzas josefinas.

La victoria de Carrillo le obligó a separarse del servicio de las armas; pero a mediados de 1836, al recibirse la noticia de que el mayor Manuel Quijano había invadido el departamento del Guanacaste con montoneros nicaragüenses, ofreció su espada al Jefe del Estado, como lo hicieron muchos de los que habían combatido bajo la bandera insurrecta de La Liga, y fué incorporado a las fuerzas del coronel don Vicente Villaseñor, dándole éste el mando de la caballería que operaba en la frontera de Nicaragua. Por los buenos servicios prestados en la campaña fué ascendido a capitán y nombrado comandante de la plaza de Alajuela. En 1840 aparece desempeñando el cargo de jefe político del departamento Occidental y al año siguiente lo comisionó el Dictador Carrillo para que en unión de don Buenaventura Espinach y de don José Angel Soto buscase un camino más recto al puerto de Puntarenas, evitando el paso por el monte del Aguacate.

Alfaro era comandante de la plaza de Alajuela cuando la invasión del general Morazán, a principios de abril de 1842. Carrillo le ordenó que fuese con don Matías Granados y 200 hombres a guarnecer la aduana fortificada de La Garita en el camino de Puntarenas; pero el general Villaseñor, al pasar por este punto, de regreso para Alajuela, sin haber impedido el paso de Morazán por las veredas de Poás, como debía hacerlo, se llevó a Granados, al capitán Alfaro y 150 hombres, agregándolos a los 140 que mandaba. Esta circunstancia hizo que don Florentino fuese uno de los firmantes costarricenses de la capitulación de El Jocote.

Habiéndolo conservado Morazán en la comandancia de Alajuela, sucedió que con motivo del asalto del cuartel de Heredia por milicianos carrillistas de San José en la noche del 29 de mayo de 1842, varios de los participantes en la revuelta declararon en el proceso seguido contra ellos, que el comandante Alfaro les había prometido secundarlos; pero éste no fué interrogado y antes bien ascendido a teniente coronel. Y como no es creíble que Morazán procediera en esa forma sin tener la seguridad de la inocencia de don Florentino, es permitido suponer que éste lo había enterado de las proposiciones que los cabecillas del complot deben de haberle hecho, aconsejádole Morazán fingir aceptarlas, a fin de averiguar por su medio toda la trama. Esta hipótesis es muy plausible, porque igual conducta observó en el caso de la conspiración del teniente hondureño Guadalupe Lagos en el mes de junio. Con certeza tan sólo se sabe que Alfaro, al tener noticia de encontrarse reunidos los conjurados en las cercanías de Alajuela, se preparó para defender la plaza, enviándoles a decir que de ningún modo debían contar con él.

Durante los tres meses posteriores a la revolución de mayo, Alfaro sirvió leal y eficazmente a Morazán, si bien es muy probable que los actos de cruel des-

potismo que caracterizaron los últimos días del gobierno de este general, desquiciaran su fidelidad militar al herir su patriotismo y su ingénita bondad. No sabemos hoy cómo se fraguó la conspiración que produjo el derrocamiento y la muerte de Morazán, pero es indudable que Alfaro entró en ella. A este respecto el historiador Montúfar dice: "Los agitadores de que ya se ha hablado, creyeron que Alfaro era el hombre destinado por la Providencia para cambiar la faz de Costa Rica y con muchas precauciones se le aproximaron para inducirle a la insurrección. Alfaro presentó dificultades al principio; hizo ver que el paso era peligroso y que podía dañar su reputación. Los enemigos de Morazán le hicieron ver que todo el Estado lo seguiría... Este lenguaje decidió a Alfaro y el 11 de septiembre se atrevió a dar en Alajuela el grito de insurrección".

Es muy verosímil lo referido por Montúfar. De los jefes costarricenses que servían a Morazán, el de mayor prestigio era Alfaro. Sus dotes militares y su valor eran bien conocidos y la tropa lo quería mucho. Razón tenían por lo tanto los conspiradores en dirigirse a él de preferencia, así por los motivos expuestos como por el de existir en la plaza de Alajuela una buena cantidad de elementos de guerra y 450 soldados costarricenses que debían marchar a Puntarenas.

Alfaro no dió el primer grito de insurrección como lo dice Montúfar. El pueblo josefino la inició en la tarde del 10 de septiembre de 1842, pronunciándose Alfaro a las dos de la mañana del 11. Este pronunciamiento no fué sólo suyo, sino también de la ciudad de Alajuela, por medio de una acta que el jefe político departamental fué el primero en firmar. Redactada en términos comedidos, el acta era una invitación hecha a Morazán para que se retirarse pacíficamente de Costa Rica, y de su texto se infiere la esperanza de que sería aceptada. Esta fué sin duda la razón de no haber marchado Alfaro sobre San José hasta el 12 de septiembre. Se adivina su deseo de no precipitar los acontecimientos, a fin de que Morazán tuviese tiempo de reflexionar. Proyectaba poner en sus manos el acta, forjándose la ilusión de poder arreglar buenamente el asunto. Ingenua esperanza desvanecida por la descarga con que lo recibió, al llegar a la capital, el batallón de Cartago que ocupaba Los Almacenes y fué desalojado de allí por él.

Sin el auxilio de Alfaro y su tropa, bien armada y pertrechada, es lo más probable que Morazán habría conseguido sofocar la insurrección de los josefinos que capitaneaba don Antonio Pinto, por estar éstos muy escasos de municiones y armas de guerra. La lucha fué encarnizada y muy sangrienta, habiendo durado sesenta y ocho horas sin interrupción. Obtenido el triunfo sobre Morazán, la cólera popular se volvió contra sus partidarios costarricenses. Pinto dió el encargo a don Florentino de portegerlos en sus personas y bienes, haciéndolo éste con todo el celo que le inspiraba su buen corazón. En seguida se le confirió el mando de la fuerza destinada a repeler el ataque que se temía de parte del general Isidoro Saget, el cual estaba en Puntarenas al frente de la escuadra y del ejército que debían atacar a Nicaragua. Alfaro marchó inmediatamente con la división de Vanguardia para Esparza, donde permaneció hasta diciembre. Allí tuvo la noticia de haber sido proclamado su hermano don José María Jefe provisional del Estado y la de su toma de posesión el 27 de septiembre. Resulta por lo tanto errada la creencia que algunos tienen de haber influído en este suceso la presencia en la

capital de don Florentino y sus tropas alajuelenses. Restablecida la paz en el país con la retirada de Saget y sus *coquimbos,* Alfaro volvió al desempeño de la comandancia de la plaza de Alajuela, sin figurar en ninguna otra forma en el gobierno de su hermano. El 7 de enero de 1843 fué ascendido a general de brigada por los importantes servicios que había prestado.

Don José María Alfaro gobernó hasta abril de 1846, dejando reorganizado constitucionalmente el país. Le sucedió por elección popular don Francisco María Oreamuno y, por abandono que éste hizo del destino y nombramiento del Congreso, el senador don José Rafael de Gallegos, quien fué depuesto por los militares que se pronunciaron el 7 de junio del mismo año. En este pronunciamiento tomó parte don Florentino, habiéndose dejado seducir por la promesa de que su hermano sería por segunda vez proclamado Jefe provisional, y hasta se prestó a firmar el acta de primero en calidad de comandante general interino, por haberse ausentado oportunamente el propietario del cargo don José Manuel Quirós. Semejante renuncio, de parte de un hombre honrado, sólamente se puede explicar por un descarrío de su cariño fraternal, ya que de su claudicación no sacó ningún provecho ni lo había buscado; pero aun siendo así, no admite disculpa su conducta, como sí la tiene la defección a Morazán. En septiembre de 1842 Alfaro se encontraba colocado en la disyuntiva de dejar perecer a sus compatriotas que luchaban por una causa justa, o ayudarles a defender su libertad y sus hogares contra una tiranía despiadada. En tales circunstancias un patriota lo sacrifica todo por su país, hasta su honor militar, como lo hicieron las tropas sajonas en el campo de batalla de Leipzig, volviendo sus cañones contra Napoleón. Pero en el pronunciamiento del 7 de junio de 1846 lo único que estaba en juego era la ambición política de los civiles instigadores de los militares.

El general Alfaro debía pagar su pecado. Su hermano don José María, quien tan sólo consintió en volver a la jefatura del Estado para contribuir a la reorganización legal del gobierno, lo entregó al Dr. Castro, electo presidente; pero a principios de septiembre de 1847 hubo una ruptura política y personal entre ambos, por la que don José María renunció el cargo de Vicepresidente y don Florentino el suyo de comandante, después de un amago de guerra civil y de haber remitido honradamente a la capital todas las armas y los pertrechos existentes en la plaza de Alajuela, conforme lo prometiera al Dr. Castro, quien desconfiaba de los hermanos Alfaros, acusándolos de haber fraguado contra él una conspiración de la que no se conoce ninguna prueba fehaciente.

Poco después, el 5 de octubre de 1847, estalló en Alajuela una revuelta capitaneada por el coronel don Francisco E. Aqueche, pero de la que el presidente Castro hizo responsable a don José María Alfaro, no obstante haberse negado éste a participar en ella, como lo hizo también don Florentino. Sin embargo, ésto no fué inconveniente para que por decreto ejecutivo se los condenara a confinamiento en el remoto pueblo de indios de Térraba, don José María por el término de seis años y don Florentino por el de uno, a pesar de que el mismo decreto declara que el último no aparecía complicado en la revuelta, dándose como pretexto para castigarlo el de no haber cumplido fielmente su promesa de remitir a

San José los elementos de guerra de la plaza de Alajuela, sin más fundamento que la circunstancia de que los insurrectos habían sacado una pequeña cantidad de pólvora de casa de un particular.

Los Alfaros, después de permanecer algunos meses en Térraba, fueron autorizados a trasladarse a territorio colombiano y lo hicieron a la ciudad hoy panameña de David. Descontada la pena arbitrariamente impuesta, don Florentino regresó a la patria, donde la situación política debía cambiar pronto de modo favorable para él y su hermano. El Dr. Castro se vió obligado a renunciar por el descontento de los militares, sustituyéndolo el Vicepresidente don Juan Rafael Mora. Este nombró al general Alfaro gobernador de Alajuela a fines de 1849, cargo que estuvo desempeñando hasta marzo de 1856 en que con motivo de la declaración de guerra contra el filibustero William Walker solicitó volver al servicio de las armas. Se le dió el mando de la fuerza destinada a operar en Sarapiquí, para donde salió en seguida, y habiendo dejado una guarnición en el punto llamado El Muelle, abrió con 80 hombres un camino por entre la montaña hasta el estero de El Sardinal, donde fué atacado de improviso el 10 de abril por uno de los mejores oficiales de Walker, el capitán John M. Baldwin, que había subido por el río Sarapiquí desde La Trinidad con cinco lanchas. Alfaro repelió el ataque, pero fué gravemente herido; una bala de rifle le rompió el brazo derecho arriba del codo, y como el cirujano de la expedición había quedado con los enfermos en El Muelle, tuvo que volver allí y entregar el mando de la fuerza al teniente coronel don Rafael Orozco. Por el mal aspecto que presentaba la herida, el cirujano le aconsejó regresar a Alajuela con los demás heridos; pero siéndole imposible montar a caballo, hubo que transportarlo en una hamaca al cuidado de su ayudante don Evaristo Fernández y del cirujano. En el punto llamado La Virgen, una de las etapas del camino infernal de Sarapiquí, llegó por fortuna a socorrerle su hermano don José María, acompañado del famoso médico alemán Dr. A. von Frantzius, muy a tiempo de evitar la amputación del brazo que el cirujano había declarado indispensable. Sin embargo perdió casi por completo el uso de este miembro. En carta del subsecretario don Emilio Segura, dirigida al ministro de la Guerra don Manuel J. Carazo, fechada en Rivas el 19 de abril de 1856, se lee: "Al celebrar tan plausible hecho (1), deplora S. E. (2) que el bravo general D. Florentino Alfaro, en quien por su pericia y probado valor tenía una completa confianza, haya sido herido perdiendo el brazo derecho". Y el parte del teniente coronel Orozco, escrito en el Muelle de Sarapiquí el mismo día del combate del Sardinal, dice: "Recomiendo mucho a los señores oficiales, como a los pocos soldados y capitán González que pelearon con decisión, y muy especialmente al señor general que de puro arrojado sufrió su herida..."

Una desgracia mucho mayor debía ocurrirle poco tiempo después de su regreso: la pérdida de su hermano don José María, fallecido el 12 de junio de 1856, víctima de la epidemia de cólera morbo traída de Nicaragua por el ejército vencedor en las batallas de Santa Rosa y Rivas, pero que había tenido que retirarse

---

(1) El combate de El Sardinal.
(2) El presidente don Juan Rafael Mora.

ante el flagelo. No obstante ser don José María sólo seis años mayor que don Florentino, éste lo respetaba y quería como a un padre, admirándolo mucho.

Terminada la epidemia y restablecidos el cuartel y el servicio militar en Alajuela, que desde la revolución de marzo de 1848 acaudillada por lon Juan Alfaro Ruiz había suprimido el Dr. Castro, el general Alfaro, convalesciente aún de su herida, volvió a la comandancia de la plaza con el encargo de reclutar mil hombres para continuar la guerra contra Walker. A fines de 1857 se le recargó la gobernación de la provincia y en 1858 fué condecorado con la cruz de honor creada para recompensar a los que habían combatido en defensa de la patria.

Después de la caída de don Juan Rafael Mora en 1859, el gobierno del Dr. Montealegre lo mantuvo en el cargo de comandante de la plaza hasta agosto de 1861 en que fué trasladado a la gobernación de la provincia, sustituyéndolo en la comandancia el coronel don Tomás Guardia. En 1863 por causa de enfermedad renunció la gobernación y al año siguiente, compelido por su pobreza y edad avanzada, solicitó del Congreso que le diese una pensión. A pesar de que los dictámenes vertidos por las comisiones de las dos Cámaras fueron muy honrosos para el general Alfaro, el Senado rechazó en tercer debate el proyecto de ley que le concedía la pensión, aprobado ya por la Cámara de Representantes; y aunque se guardó silencio sobre el motivo del rechazo, es lo más probable que fuese por el pronunciamiento contra Gallegos. Sin embargo dos años más tarde, el 15 de noviembre de 1868, el presidente don Jesús Jiménez, menos severo o más humano que los senadores, le otorgó la muy corta pensión de inválido correspondiente a su grado de brigadier, bien ganada en el combate de El Sardinal.

Con el advenimiento a la Presidencia de la República de su íntimo amigo el general don Tomás Guardia, cambió favorablemente la muy estrecha situación pecuniaria con que luchaba el anciano e inválido general Alfaro. En diciembre de 1870 fué dado de alta como general en disponibilidad y en 1872 volvió por última vez a la gobernación de Alajuela, sirviéndola hasta el 31 de enero de 1873. En este mismo año desempeñó también interinamente la comandancia de la plaza.

Como se ha podido ver, don Florentino Alfaro sirvió durante veinticinco años, unas veces la comandancia militar y otras la gobernación de Alajuela, cuando no los dos cargos a la vez. Rara circunstancia en un país donde los empleos públicos son tan inseguros y disputados. El caso excepcional se explica por la razón de que los diversos gobernantes de aquel tiempo habían llegado a convencerse de que la mejor garantía de paz en la turbulenta Alajuela de antaño era poner el gobierno local en manos del hombre que gozaba de la confianza, del cariño y respeto de toda la provincia, por su honradez, rectitud y bondad; porque hasta el último campesino estaba seguro de que teniendo la razón de su parte, don Florentino se la daría, así fuese contra el personaje más poderoso o el hombre más rico.

El general Alfaro llegó a ser en Alajuela un patriarca venerado por sus virtudes y sobre todo por su caridad. Ningún menesteroso le tendió la mano en balde, aun en el tiempo de su mayor pobreza. Todo el que necesitaba de un socorro, de un consejo o de un consuelo acudía a su hospitalaria casa, que era la de

todos. Sus últimos años se deslizaron tranquilos y felices en la ciudad donde había nacido y siempre vivió, la ciudad por la que sentía profundo cariño. Al viejecito venerable, de noble y plácido semblante, se le veía por las tardes sentado en un gran escaño que ocupaba buena parte del corredor externo de su casa solariega, situada en una esquina de la plaza y a cien varas del cuartel, absorto en los recuerdos de su larga existencia (3). Había sido testigo y muchas veces actor en los principales acontecimientos ocurridos en su patria durante más de medio siglo, desde la jura de la Independencia hasta la inauguración en Alajuela de la gran obra de nuestro ferrocarril interoceánico, el 18 de agosto de 1871. Había conocido al último gobernador español don Juan Manuel de Cañas y a todos los jefes del Estado Libre, desde don Juan Mora Fernández hasta el general don Tomás Guardia, su antiguo subalterno.

Su muerte, acaecida el 13 de diciembre de 1873, fué llorada por los alajuelenses como la de un verdadero padre. Toda la ciudad vistió de luto para asistir a sus funerales y acompañarlo al cementerio, asociándose a su dolor el gobierno de la República. El artículo con que fué despedido por la *Gaceta Oficial* empezaba así: "La provincia de Alajuela está de duelo. Uno de sus más esclarecidos hijos, el general don Florentino Alfaro, ha bajado a la tumba acompañado del sentimiento de sus numerosos amigos y de sus conciudadanos en general". Y en el mismo número de ese periódico, un alajuelense que quiso guardar el anónimo expresaba el profundo dolor de la ciudad por pérdida tan irreparable, enalteciendo en sentidas frases las virtudes del prócer, a quien Alajuela debía "mucho de su progreso, mucho de la tranquilidad que ha disfrutado".

Don Florentino Alfaro fué uno de los cuatro caudillos principales que tuvo la ciudad de Alajuela en el período comprendido entre los años de 1823 y 1848, habiendo sido los otros don Gregorio José Ramírez, don José Angel Soto y don Juan Alfaro Ruiz. Con excepción de Ramírez, el primero y el más famoso, todos eran militares y los cuatro probaron ser valientes y patriotas.

La dualidad que distingue a ciertos hombres hace difícil la definición de su carácter por los contrastes que presentan sus actos, y este es el caso del general Alfaro. Por su índole apacible y bondadosa parecía llamado a seguir la carrera eclesiástica y sin embargo eligió la de las armas. Siendo como era muy compasivo, le gustaba la guerra que tan mal se aviene con este buen sentimiento. Incapaz de cometer en su vida privada la más leve incorrección, claudicaba en lo militar, si bien nunca movido por interés bastarlo o ambición personal. Juzgándolos por las intenciones, sus pecados sólo fueron veniales. Por esto, sin duda, hasta sus enemigos políticos, que de otra clase no los tuvo, reconocían que era un hombre de bien y de mucho corazón; y si otros méritos no se pudieran alegar en favor del general Alfaro, éste sería bastante para que se miren sus renuncios con indulgencia.

R. FERNANDEZ GUARDIA

---

(3) Allí recuerdo haberlo visto cuando yo era un niño y también jugando a la malilla en casa de mi tía abuela doña Rosario Guardia de Barroeta.